

833
Z.

PA 2507
M35



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. Gassó Hermanos — Barcelona

EL MANDATO DE UNA MUERTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

Hacia fines del año de 1831 leíase la gacetilla siguiente en el «Sémaphore», de Marsella:

«Un incendio devoró anoche muchas casas del pueblecito de Saint-Henri. El resplandor de las llamas, que se reflejaban rojizas en el mar, veíase desde nuestra ciudad, y las personas que se hallaban en las rocas de Endoume, pudieron presenciar un espectáculo horrible al par que grandioso.

»Los detalles exactos no los tenemos aún. Háblase de algunos rasgos de valor. Nos contentaremos por hoy con referir uno de los episodios más terribles ocurridos en el siniestro.

»Una casa se puso á arder por modo tan repentino por la planta baja, que fué del todo imposible llevar el menor socorro á los habitantes. Oíase á

aquellos infelices lanzar alaridos de espanto y de dolor.

»De repente una mujer apareció en una de las ventanas, teniendo un niño en los brazos. Desde abajo se distinguía su vestido, que comenzaba á arder. Con el rostro que infundía horror, con los cabellos desgrefiados, miraba ante sí como si se hubiese vuelto loca. Las llamas subieron después rápidamente por su vestido, y entonces, cerrando los ojos y estrechando al niño contra su pecho, se precipitó de un salto por la ventana.

»Cuando la gente pudo acercarse para levantarlos, la madre apareció con el cráneo destrozado, pero el niño vivía y tendía llorando sus manecitas para sustraerse del terrible abrazo de la muerta.

»Se nos asegura que este niño, que no tiene ni un solo pariente en el mundo, acaba de ser adoptado por una jovencita, cuyo nombre ignoramos y que pertenece á la nobleza del país. Acción semejante no necesita alabanza».

I

La habitación se encontraba apenas iluminada por la pálida claridad del crepúsculo. Las cortinas de las ventanas, medio descubiertas, dejaban percibir las altas ramas de los árboles, enrojecidas por los últimos rayos del sol. Abajo, en el bulevar de los Inválidos, había niños que jugaban, y sus agudas risas subían dulces y cariñosas.

La primavera que siguió á las terribles jornadas de la insurrección de febrero, ofrecióse fresca, pero inconstante. Las templadas tardes de mayo presentaban á veces los estremecimientos del invierno.

Bocanadas de aire fresco agitaban los visillos y llevaban á la habitación los lejanos ruidos de los carruajes.

Reinaba allí tétrica melancolía. Los muebles, indecisos en la obscuridad, manchaban de negro las claras colgaduras; la alfombra, de rosetones azules, palidecía poco á poco. La obscuridad había invadido ya el techo y los rincones de la estancia.

Distinguíase tan sólo un blanco reguero de luz, que partía de una de las ventanas é iba á iluminar con pálida claridad el lecho, en que la señora de Rionne respiraba con gran dificultad en la agonía de la muerte.

En aquella hora postrera, y en la naciente dulzura de la primavera, aquella habitación en que se moría una joven, presentaba como una especie de piedad lacerada y recogida. La sombra hacía transparente; el silencio ofrecía una tristeza indecible; los ruidos de afuera se trocaban en apenados murmurios, y parecía que se oían voces semejantes á lejanos lamentos.

Blanca de Rionne, con la cabeza apoyada en almohadones, se mantenía incorporada, con los ojos del todo abiertos, mirando la obscuridad. La pálida claridad que allí reinaba iluminaba su demacrado rostro; extendía los desnudos brazos sobre las sábanas, y agitaba y retorció las manos, sin que de ello se diera cuenta. Y, muda, abiertos los labios y con todo su cuerpo estremecido por largos escalofríos, soñaba como quien espera la muerte, moviendo á un lado y á otro la cabeza con lentitud, como hacen los moribundos.

Apenas contaba treinta años. Era una débil criatura, que la enfermedad hacía más débil aún. Aquella mujer parecía estar dotada de superior inteligencia, de bondad y de ternura sin límites. La muerte

es la hora de la gran prueba, y sólo en la agonía debe juzgarse el temple del valor.

Adivinábanse no obstante en ella ciertas rebeldías. A veces temblábanle los labios y sus manos retorcíán la sábana con mayor violencia. Contraía su rostro mortal angustia y de sus ojos brotaban gruesas lágrimas, que la calentura le secaba en las mejillas. Parecía como si quisiese apartar la muerte en un repentino arranque de voluntad.

Entonces se inclinaba y miraba por largo espacio á una niña de seis años, sentada en la alfombra y que jugaba con las borlas de la colcha. A veces la niña levantaba la cabeza, sobrecogida de miedo repentino, y veíase á punto de llorar, sin saber por qué; luego, al ir á gritar, poníase á reír, viendo á su madre sonreír con dulzura, y volvía á sus juegos, hablando en voz baja á una de las puntas de la sábana, que había convertido en muñeca.

Nada más triste que aquella sonrisa de la moribunda. Quería tener á Juana á su lado hasta el último instante, y disimulaba cuanto le era dable su dolor para no asustarla. Mirábala jugar, escuchaba su charla y se abstraía en la contemplación de aquella cabecita rubia, olvidándose de que iba á morir y de que le era forzoso abandonar aquel cariño tan grande. Luego, sintiéndose ya con el frío de la muerte, hacía memoria, y el terror oprimíale

Distinguíase tan sólo un blanco reguero de luz, que partía de una de las ventanas é iba á iluminar con pálida claridad el lecho, en que la señora de Rionne respiraba con gran dificultad en la agonía de la muerte.

En aquella hora postrera, y en la naciente dulzura de la primavera, aquella habitación en que se moría una joven, presentaba como una especie de piedad lacerada y recogida. La sombra hacía transparente; el silencio ofrecía una tristeza indecible; los ruidos de afuera se trocaban en apenados murmurios, y parecía que se oían voces semejantes á lejanos lamentos.

Blanca de Rionne, con la cabeza apoyada en almohadones, se mantenía incorporada, con los ojos del todo abiertos, mirando la obscuridad. La pálida claridad que allí reinaba iluminaba su demacrado rostro; extendía los desnudos brazos sobre las sábanas, y agitaba y retorció las manos, sin que de ello se diera cuenta. Y, muda, abiertos los labios y con todo su cuerpo estremecido por largos escalofríos, soñaba como quien espera la muerte, moviendo á un lado y á otro la cabeza con lentitud, como hacen los moribundos.

Apenas contaba treinta años. Era una débil criatura, que la enfermedad hacía más débil aún. Aquella mujer parecía estar dotada de superior inteligencia, de bondad y de ternura sin límites. La muerte

es la hora de la gran prueba, y sólo en la agonía debe juzgarse el temple del valor.

Adivinábanse no obstante en ella ciertas rebeldías. A veces temblábanle los labios y sus manos retorcián la sábana con mayor violencia. Contraía su rostro mortal angustia y de sus ojos brotaban gruesas lágrimas, que la calentura le secaba en las mejillas. Parecía como si quisiese apartar la muerte en un repentino arranque de voluntad.

Entonces se inclinaba y miraba por largo espacio á una niña de seis años, sentada en la alfombra y que jugaba con las borlas de la colcha. A veces la niña levantaba la cabeza, sobrecogida de miedo repentino, y veíasela á punto de llorar, sin saber por qué; luego, al ir á gritar, poníase á reír, viendo á su madre sonreír con dulzura, y volvía á sus juegos, hablando en voz baja á una de las puntas de la sábana, que había convertido en muñeca.

Nada más triste que aquella sonrisa de la moribunda. Quería tener á Juana á su lado hasta el último instante, y disimulaba cuanto le era dable su dolor para no asustarla. Mirábala jugar, escuchaba su charla y se abstraía en la contemplación de aquella cabecita rubia, olvidándose de que iba á morir y de que le era forzoso abandonar aquel cariño tan grande. Luego, sintiéndose ya con el frío de la muerte, hacía memoria, y el terror oprímiale

la garganta, ya que su única desesperación no era otra que la de dejar abandonada á aquella pobre criatura.

La enfermedad se había mostrado implacable con ella. Una noche, al acostarse, el mal la sobrecogió y no necesitó más de dos semanas para reducirla á la agonía. No había podido volver á levantarse y se moría sin que le fuese permitido asegurar el porvenir de Juana. Decíase que la dejaba sin apoyo, no quedándole más guía que su padre; esta idea la hacía temblar, pues sabía muy bien qué triste guía sería aquél para su hija.

De repente Blanca se sintió desfallecer. Creyó que la muerte se le venía encima. Desatinada dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Juana, ve á decir á tu padre que deseo verle.

Así que la niña hubo salido, púsose á mover suavemente á un lado y á otro la cabeza. Con los ojos del todo abiertos y apretados los labios, demostraba la enérgica voluntad de vivir, de no emprender el gran viaje, antes de haber tranquilizado su corazón.

Ya no se oían las carcajadas de los muchachos en el bulevar, y las sombrías masas de los árboles se destacaban en el pálido gris del cielo. Los ruidos de la ciudad ascendían más indecisos. El silencio aumentaba, interrumpido tan solo por la lenta respiración de la moribunda y por los ahogados so-

llozos que partían del vano de una de las ventanas.

Allí, oculto tras de un cortinaje, lloraba amargamente un joven de diez y ocho años, Daniel Raimbault, que acababa de entrar en la habitación y que no se había atrevido á llegar hasta el lecho. Hallándose la enfermera ausente, no pudo contener sus lágrimas en un rincón.

Era Daniel un ser de cuerpo mezquino, que, cuando más, representaba quince años. No era que fuese contrahecho, pero sus miembros, delgados y cortos, se ajustaban por modo hartamente raro. Sus cabellos rubios, casi amarillos, caían en rígidos mechones, que servían como de marco á un rostro largo, con grande boca y pómulos salientes. Al fijarse en él, sin embargo, veíanse con simpatía su frente espaciosa y elevada y sus ojos llenos de dulzura.

Las muchachas se reían cuando le veían pasar. Su porte era desgarbado, y todo su pobre ser vacilaba avergonzado.

La señora de Rionne había sido la hada de su existencia. Habíase ocultado para colmarle de beneficios; y, el día en que llegaba á verla por fin, en que iba á serle permitido mostrarla su agradecimiento, aquel día la encontraba moribunda.

Manténase allí, detrás de la cortina, y sus sollozos, que no era parte á contener, estallaban. Blanca, en medio de aquel silencio, oía aquellos gemitos.

dos ahogados. Medio pudo incorporarse, y procurando ver, preguntó:

—¿Quién está ahí? ¿quién llora al lado mío?

Entonces Daniel fué á arrodillarse ante el lecho. Blanca le reconoció.

—¿Es usted, Daniel?—le preguntó.—Levántese usted, amigo mío, no llore usted.

Daniel se olvidó de su timidez y de su encogimiento. Tenía el corazón en los labios. Tendió á su bienhechora sus manos suplicantes.

¡Oh! señora—exclamó con desgarrado acento,—permítame usted que me arrodille, déjeme usted llorar. Había bajado tan solo para verla á usted; pero la desesperación se ha apoderado de mí y no he podido contener mis lágrimas. Estoy aquí bien, no hay nadie y necesito decirla cuán buena es usted y cuánto es lo que la amo. Hace más de diez años que lo he comprendido todo, más de diez años que me mantengo callado, que me ahogo de agradecimiento y de cariño. Permítame usted que llore. Usted me comprende, ¿verdad? Con frecuencia había soñado en la hora feliz en que podría postrarme de este modo ante usted; éste era el sueño que me sosegaba en mis amarguras de niño. Recreábame al imaginar los más pequeños detalles de nuestra entrevista; decíame que la vería á usted hermosa y sonriente, que tal sería la mirada de usted, que tal sería su ademán. Y he aquí que la encuentro á us-

ted ahí... No sabía yo que pudiese ser huérfano dos veces.

La voz se le sofocaba en la garganta. Blanca le miraba y recobrando algo de vida ante tanta adoración y desesperación tan grande. En aquella hora suprema, veíase recompensada por su buena obra, sentía su agonía dulcificada por aquel gran cariño que dejaba tras de sí.

Daniel repuso:

—Se lo debo á usted todo, y hoy sólo cuento con mis lágrimas para probar á usted mi abnegación. Yo me consideraba como su obra de usted, y aspiraba á que esta obra resultase buena y hermosa. Mi vida entera debía demostrar á usted mi agradecimiento, deseaba hacerla á usted orgullosa de mí. Y, ahora, tan sólo me quedan unos minutos para manifestarle mi agradecimiento. Va usted á creer que yo soy un ingrato, pues conozco que mis labios son inhábiles, que dicen mal lo que siento en el corazón. He vivido sólo, no sé hablar... ¿Qué puedo esperar, si el Señor no tiene compasión de usted y de mí?

La señora de Rionne escuchaba aquellas palabras entrecortadas, y una gran dulzura se desprendía de todo su ser. Tomó la mano de Daniel.

—Amigo mío—le dijo,—ya sé que no es usted ningún ingrato. Velaba por usted, y házeme dicho cuánta es su gratitud. No tiene usted para qué buscar

palabras con que darme gracias; las lágrimas de usted alivian mis sufrimientos.

Daniel contenía los sollozos. Transcurrió un breve silencio.

—Cuando le llamé á usted á París—continuó la moribunda,—mi salud era todavía buena, y abrigaba la idea de que continuase usted sus estudios. Después la enfermedad se apoderó de mí, y ha llegado usted demasiado tarde para que haya podido asegurar su porvenir. Al dejar este mundo, me llevo la honda pena de no haber podido dar cima á mi obra.

—Usted ha hecho una obra de santa—interrumpió Daniel.—Usted nada me debe, y yo la debo mi vida entera. Su buena obra es ya de por sí sobrado grande. Míreme usted, vea usted en mí al pobre sér á quien ha adoptado usted y protegido. Cuando me veía tan raquítico y tan desmañado, cuando se reían de mí, yo lloraba de bochorno por usted. Perdóneme un mal pensamiento: á menudo tuve miedo de que mi rostro la desagradase; temblaba encontrar á usted, temía que mi fealdad no me quitase un tanto de su bondad. ¡Y cuando veo que usted me acoge como si fuese hijo suyo! Usted, tan hermosa, ha tendido la mano á un miserable muchacho, á quien nadie ha querido amar aún. Cuanto más ridiculizado y rechazado me veía, cuanto más feo y débil me sentía, más la adoraba á usted, pues com-

prendía cuánta habría de ser su bondad para descender hasta mí. Al venir aquí anhelaba con ardor el ser hermoso.

Blanca se sonreía. Tanta adoración juvenil, tanta cariñosa humildad, hacíanle olvidar la muerte.

—Es usted un niño—le dijo.

Después se calló, pensativa.

Trataba de ver, en la obscuridad, el rostro de Daniel. Una sangre más ardorosa corría por sus venas, y pensó en los días de su juventud:

Y repuso:

—Usted es apasionado, y la vida será ruda para usted. En esta hora suprema, tan sólo me es dado decir á usted que conserve mi recuerdo como una salvaguardia. Si no ha estado en mi mano asegurar la existencia de usted, he podido por fortuna ponerle en situación de que pueda ganarse la vida, de caminar recto y firme, y esta idea me consuela un tanto del forzado abandono en que le dejo. Piense usted en mí de vez en cuando, ámeme usted, y satisfágame en la muerte como me ha querido y satisfecho en vida.

Y decía esto con acento tan dulce y de tan dentro del corazón, que Daniel volvió de nuevo á derramar lágrimas.

—No—exclamó,—no me deje usted de este modo, indíqueme usted un deber que cumplir. Desde mañana mi existencia se sentirá vacía, si desaparece

usted por modo tan repentino. Por espacio de más de diez años, no he abrigado más pensamiento que complacer á usted y obedecerle en sus menores deseos; lo que soy, he querido serlo tan sólo por usted; usted ha sido mi norma en todas las cosas. Si ya no es para usted para quien haya de trabajar, conozco que cometeré una vileza. ¿A qué vivir y para qué había de luchar? Haga usted que yo me sacrifique, haga usted de manera que pueda todavía atestiguarle mi gratitud.

En tanto que Daniel hablaba, una súbita idea había como iluminado el pálido rostro de la señora de Rionne. Incorporóse en la cama, con fuerzas aún, pero luchando con su dolor.

—Tiene usted razón—dijo con rapidez,—tengo una misión que confiarle. Dios es quien le ha puesto á usted ahí, de rodillas, ante mi lecho de muerte. El cielo ha hecho que le tienda á usted la mano para que pueda usted un día tenderme la suya. Levántese usted, amigo mío, pues ahora soy yo quien le suplica, yo soy quien pide á usted que me escuche y que me proteja.

Y cuando Daniel se hubo sentado:

—Escúcheme usted—me queda poco tiempo. Es preciso que se lo diga á usted todo. Imploraba la venida de un ángel, y quiero creer que es usted el ángel que Dios me envía. Tengo fe en usted: le he visto llorar.

Y, bruscamente, abrió su corazón. Olvidóse de que hablaba á un niño. Aquella pobre alma, llena de ansiedad, se desahogaba y se consolaba, diciendo á la hora de la muerte lo que había ocultado toda su vida.

Las adoraciones ardientes y humildes del joven habían enternecido su estóico valor de esposa. Sentíase feliz al confesarse al fin, al poder, antes de dejar este mundo, confiar á alguien todas las amarguras amontonadas en su corazón. No se quejaba: aligeraba tan sólo su corazón de los sufrimientos de este mundo.

—Mi vida se ha visto llena de soledad y de lágrimas—decía.—Fuerza es que confiese á usted estas cosas, amigo mío, para que pueda comprender mis penalidades. Usted de mí tan sólo conoce la criatura dichosa; usted me ha colocado en pleno cielo, en plena felicidad. ¡Ah! yo no soy más que una desventurada mujer que se ha resistido contra el dolor por espacio de largos años. Con lágrimas en mis ojos, hago memoria de las alegrías de mi juventud. ¡Cuán bella era la infancia, allá en Provenza! Por otra parte, yo he sido orgullosa, he querido luchar contra la vida y no he salido de la lucha sino con el corazón ensangrentado.

Daniel escuchaba, comprendiendo apenas, y creyendo que el delirio de la agonía se apoderaba de la moribunda.

—Me casé con un hombre—prosiguió—á quien no pude amar en mucho tiempo y que no tardó en volverme á mi soledad de niña. Desde entonces tuve que ahogar mi corazón. El señor de Rionne reanudó sus costumbres de hombre soltero. Veíalo de vez en cuando en las comidas y sabía que me insultaba en su diaria vida de desenfreno. Por mi parte, yo me encerré con mi hija en este rincón del hotel; díjeme á mí misma que éste era mi convento é hice el firme propósito de vivir en él. A veces todo mi sér se rebelaba, y tan sólo á costa de muchos padecimientos ocultos, fué como pude aparecer ante el mundo serena y victoriosa.

—¡Cómo!—pensaba Daniel,—¿es ésta la vida? Mi buena santa ha tenido que sufrir. La que yo me complacía en considerar como una potencia superior, toda bienaventurada, toda divina, lloraba de dolor, mientras yo la adoraba arrodillado á sus plantas. ¿No hay en la tierra más que infortunio? El cielo no perdona siquiera las almas dignas de él. ¡Qué mundo tan espantoso es el nuestro! Cuando pensaba en ella, me la imaginaba en la alegría y en la paz del espíritu, al abrigo del mal por su bondad misma; aparecíase me luminosa y serena, como una de esas santas mujeres que llevan refulgentes aureolas en la cabeza y placenteras sonrisas en los labios. Y, no obstante, llora, su corazón ha manado sangre

como el mío; ¡es mi hermana en sufrimiento y en abandono!

Sentía su alma lacerada. Callábase, lleno de espanto, ante las tristezas que entreveía. Era aquel el primer paso que daba en la ciencia de la vida, y todo su inocente sér se sublevaba frente á la injusticia de la desventura. No se habría estremecido tanto, á haberse tratado de persona menos querida; mas la cruel realidad se revelaba hiriéndole en su única afección. Acometíale como un escalofrío de miedo, pues harto conocía que, desde aquel instante, seríale preciso vivir y luchar. La necesidad de patentizar su abnegación, le impulsaba, no obstante, á escuchar con todo interés aquella confesión postrera. Eran órdenes supremas las que recibía, y esperaba que su deber le fuese dictado.

La señora de Rionne, en vista de su silencio, comprendió lo que pasaba en la mente del joven. Sintióle temblar como niño miedoso, y experimentó como un remordimiento al turbar aquel corazón tranquilo. Por una especie de coquetería divina, preferido habría que su imaginación hubiese permanecido en él, grande y enérgica, más que humana.

—Tristes cosas las que le estoy diciendo—prosiguió con dulzura,—y hasta ignoro si usted me comprende bien. Los labios se me abren á pesar mío, y hay que perdonarme. Confiésome con usted como con un sacerdote; un sacerdote que carece de edad

y no es más que un alma que escucha. Hoy no es usted más que un niño, y mis palabras le amedrentan; cuando sea usted hombre las recordará; repetirán á usted lo que una mujer puede sufrir y le dirán lo que espero de su abnegación.

Daniel la interrumpió:

—¿Podría usted tenerme por cobarde? Yo no soy más que un ignorante. La vida me causa espanto porque no la conozco y se me presenta por completo negra. Mas entraré en ella con resolución, desde el momento en que se tratará de usted. Hable usted, ¿cuál ha de ser mi misión?

Blanca se acercó, y, con voz aún más queda, como si hubiese temido ser oída:

—Usted ha visto á mi niña, mi pobre Juana, que jugaba ahí hace un instante. Acaba de cumplir seis años y me voy sin conocerla, sin saber si lleva en sí la felicidad ó la desdicha. Esta incertidumbre dobla mis sufrimientos y me hace la vida más espantosa. Y no puedo apartar de la memoria que dejo á esta niña sola. Pienso que tal vez se verá como yo, llagada por la vida, y que podrá carecer del valor que á mí me ha fortalecido.

La moribunda parecía apartar con un ademán una visión importuna.

—Hacíame la ilusión—continuó—de que viviría siempre á su lado, preparándola una existencia feliz, educando su corazón. En cuanto he sentido acer-

carse la muerte, he buscado alguien que pudiera desempeñar ese papel en lugar mío, ese papel de madre abnegada, y no he podido dar con nadie. Mis padres murieron, he vivido como encerrada en un claustro y no he podido hacerme con ninguna amiga. El señor de Rionne tan sólo tiene una hermana, lanzada en la disipación y en el lujo, y en cuyo poder Juana no recibiría sino malos ejemplos. En cuanto á mi marido, dígoles que me aterra. He dicho á usted bastante para que comprenda el horror que de mí se apodera, cuando pienso que mi hija va á caer en sus manos. Contra él es contra quien deseo defender á la niña.

Nuevamente se detuvo antes de terminar.

—Usted ahora, amigo mío, comprende cuál ha de ser su misión. La tarea que le impongo á usted es la de que vele por mi hija. Deseo que permanezca usted á su lado como si fuese su ángel de la guarda.

Daniel se arrodilló. La emoción le hacía temblar. No pudo hablar, y por toda contestación, por toda acción de gracias, besó la mano de la señora de Rionne.

—Es una misión difícil la que le impongo—continuó diciendo.—La muerte me da prisa, yo me apresuro, sin saber cómo podrá usted cumplir su empeño. No quiero pensar en la dificultad, en la rareza del papel que habrá usted de desempeñar.

El cielo ha sido bondadoso conmigo al traerle á usted aquí y al permitirme que pueda aliviar mi corazón; continuará siendo bueno, le dirá á usted lo que es preciso hacer y le facilitará los medios para cumplir lo que me promete. Recuerde usted tan sólo mi último anhelo y siga en derechura su camino. Tengo fe en su abnegación.

Daniel pudo por último hablar.

—¡Oh! gracias, gracias—exclamó,—desde ahora voy á vivir. ¡Cuán bondadosa es usted al haber pensado en mí, en haber puesto su confianza en mi humilde persona! Hasta el postrer instante, me habrá usted estado colmando de bondades.

Blanca le interrumpió con un ademán.

Déjeme usted concluir. Mi arrogancia no me ha permitido disputar mi fortuna á los caprichos de mi esposo; le he ido entregando, desdeñosamente, cuanto me ha pedido. Hoy ignoro la situación en que nos encontramos. Mi hija, á no dudarlo, será pobre, y esta idea casi es dulce para mí. Lo que siento tan sólo es no poder dejar á usted algún dinero.

—No sienta usted nada,—exclamó Daniel.—Me pondré á trabajar y el cielo proveerá á todo.

La moribunda se debilitaba cada vez más. Dejó caer la cabeza sobre la almohada, y con voz más y más dificultosa:

—De este modo—dijo—todo resulta bien. He

desahogado mi corazón; siéntome tranquila y ahora ya puedo morir. Usted velará por Juana, será usted un amigo para ella. Tendrá usted que protegerla contra las asechanzas del mundo. Sígala usted paso á paso, lo más cerca posible; aparte usted de su lado los peligros y despierte todas las virtudes de su corazón. Pero sobre todo cásele usted con un hombre digno de ella, y ya entonces la misión de usted quedará cumplida. Cuando una mujer se une á un hombre malo, yo sé cuán abrumadora resulta la soledad y cuánta energía se necesita para no caer. Suceda lo que suceda, no la abandone usted. Piense usted á cada momento que su buena santa, en su lecho de muerte, le ha suplicado que sea fiel á su misión. ¿Me lo jura usted?

—Se lo juro,—balbuceó Daniel, ahogado por las lágrimas.

Blanca cerró los ojos como niño fatigado que se duerme. Luego volvió á abrírlos con lentitud.

—Todo esto es terrible, amigo mío,—murmuró. Ignoro qué es lo que los acontecimientos reservan á usted, preveo grandes obstáculos. El cielo, en fin, proveerá á todo, como ha dicho usted... Béseme usted.

Daniel, desatinado, se inclinó y puso sus temblorosos labios sobre la pálida frente de la señora de Rionne. La pobre mujer, con los ojos cerrados, sonreía vagamente al sentir la presión de aquel su-

premo beso de abnegación y de amor.

La noche había cerrado por completo y se distinguían las estrellas en el claro cielo. Dejóse oír un ruido de pasos y entró una doncella con una lámpara en la mano.

—Aquí está su esposo de usted, señora,—dijo.

Y, á tiempo que Daniel volvía á ocupar su puesto en el hueco de la ventana, el Sr. de Rionne penetró, asustado, en la habitación.

II

Blanca había nacido en el Mediodía, cerca de Marsella. A los veintitrés años contrajo matrimonio con el señor de Rionne. Hallábase dotada de alma noble, que poseía el convencimiento anticipado de las miserias de este mundo y que se había trazado una regla de conducta recta y arrogante. Cifraba su fuerza en su dignidad y en su voluntad. Habíase casado para satisfacer los deseos de su padre, sin tratar de conocer al señor de Rionne, prometiéndose, con una especie de cándido orgullo, saber sufrir, si necesario fuere, y permanecer digna.

Sufrió y permaneció digna. Su marido era hombre amabilísimo, de educación y de elegancia perfectas, miserable criatura, que habría podido ser buena y que prefería quedar siendo mala. Tenía arraigada una deplorable debilidad, una cobardía profunda para con el vicio. Y con todo esto, se hallaba dotado de los mejores sentimientos del mundo,